

CONCOURS D'ADMISSION DE 2003

Option lettres et sciences humaines

ESPAGNOL troisième langue

Lundi 12 mai 2003 de 8h à 12h

1 – Traduction de français en espagnol

Bon, bien sûr, Chatham, ça n'est pas partie la plus huppée du Cap, beaucoup de motels bon marché dans les parages, de fast-foods où il fait bon ne pas manger, de supermarchés bas de gamme où on vend un peu de tout, mais si on persévère, si on va au-delà du tout-venant, on finit par repérer les endroits qui ont du charme. Et puis, le café de Phillies bénéficie d'une bonne situation, un peu à l'écart de l'agitation, à quelques encablures de l'océan, qu'on aperçoit par la baie vitrée. Ben se souvient que l'endroit lui a plu au premier regard quand il y est entré, il y a neuf ans. C'est pour ça qu'il est resté. Serveur, ce n'est pas le boulot dont il avait rêvé mais il mène une existence tranquille que beaucoup de gens plus riches pourraient lui envier.

Il s'entend bien avec ses clients aussi, des habitués pour la plupart. Comme Louise Cooper. Il s'est créé une sorte de lien avec eux. Oui, c'est ça, il se sent relié à eux, il ne saurait pas être tellement plus précis. C'est comme une fraternité, en somme. Cette seule certitude le rend joyeux.

«Ben, ça vous ennuie vraiment de me servir mon Martini?»

– Pardon, Louise. Je me demande bien où j'ai la tête aujourd'hui.»

Elle boit du Martini blanc. Toujours. Il ne lui a jamais vu boire autre chose. C'est saisissant, une telle fidélité. Il y en a qui seraient passés à d'autres alcools, ou qui s'essaieraient à varier les plaisirs. Elle, non. Elle ne s'est jamais départie de cette habitude et, malgré les années, cela continue de surprendre Ben. Au moins, il y voit un avantage : il n'a plus besoin de lui demander, lorsqu'elle s'installe au comptoir, ce qu'elle entend commander. Il la sert mécaniquement, sans se poser de questions. Tout de même, au fond de lui, et sans jamais le lui avoir confessé, il attend le jour où elle entrera et commandera autre chose. Il essaie de se tenir prêt pour ce jour-là, qui arrivera peut-être, qui sait ? Pourtant, il devine que, si cela devait survenir, il ne manquerait pas d'en être absolument abasourdi.

Philippe Besson – *L'arrière-saison*, Julliard 2002

Rappel : les candidats ne doivent faire usage d'aucun document ; l'utilisation de toute calculatrice et de tout matériel électronique est interdite.

Tournez la page S.V.P.

2 – Traduction d'espagnol en français

Y Carlitos Alegre se había graduado de médico con las más altas notas y con todos los honores, y su fama de investigador, a la vez riguroso y tremendamente intuitivo e imaginativo, empezaba a extenderse con gran velocidad por Europa y los Estados Unidos. También su fama de loco, o más bien de extravagante y absolutamente volado, empezaba a ser conocida, sobre todo a raíz de un incidente ocurrido durante un congreso médico organizado por el Johns Hopkins Hospital, de Baltimore. El joven doctor Carlos Alegre, que se tropezaba con cuanto objeto y mueble había en la pequeña residencia en que se alojaban los médicos invitados al congreso, y parecía hacerlo siempre a propósito, se había ganado la franca y total antipatía de la arrugadísima y horrible vieja encargada de aquel hermoso pero recargado local, un perfecto gallo hervido, la vieja del diablo esa, y las cosas realmente se pusieron feas cuando una mañana el doctor Alegre fue descubierto por su circunstancial y pérfida enemiga en el momento en que abandonaba la residencia con una pequeña radio de baterías que pertenecía a la residencia, oculto bajo el abrigo y a todo volumen. O, mejor dicho, *misses Farley*, que así se llamaba la vieja bruja, descubrió al médico llegado de París con las manos en la masa, aunque sin que éste se enterara de nada, por supuesto, llamó a la policía mientras Carlitos se apresuraba feliz con su *Septeto de cuerdas*, de Beethoven, en dirección al salón de congresos en que se iba a llevar a cabo la sesión de aquella mañana, y finalmente el joven dermatólogo fue detenido y llevado a la comisaría. En un perfecto inglés, Carlitos explicó que de robarse la radio, él, nada, que no fueran tan brutos, por favor – frase que les sentó como un tiro a los policías de EE. UU. –, y que lo que realmente había ocurrido es que él había estado escuchando esa joya de la música de cámara, mientras se vestía, que de pronto se había percatado de que ya era hora de ir a su sesión matinal del congreso, y que luego, de puro abstraído que andaba con tanta belleza musical, había cogido la radio para continuar con su concierto por el camino, de la forma más natural del mundo, pero sin darme cuenta de ello, y esto es lo principal, señores, creo yo. En fin, que de robo nada, y que nevaba, además, les explicó Carlitos al comisario y a sus dos auxiliares, agregando que por ello había metido el pequeño aparato bajo su abrigo, para protegerlo, como es lógico, y que sin duda alguna lo habría vuelto a dejar en su lugar no bien se hubiese dado cuenta de su distracción, o, en todo caso, no bien hubiese terminado ese concierto sublime, y finalmente les preguntó si ellos habían tenido la suerte de escuchar el *Septeto de cuerdas* de Ludwig Van Beethoven, alguna vez, ah, se lo recomiendo, señores, ¿o ya lo conocen? No, ni el comisario ni sus auxiliares habían escuchado jamás, ni tenían intención alguna de escuchar, tampoco, el maldito concierto de marras, pero, en cambio, el pago de la fianza era de ley, sí, señor, y además vamos a llamar inmediatamente al director del Johns Hopkins Hospital, para que venga ahora mismo a avalar con su firma y su presencia la honestidad de su invitado.

Alfredo Bryce Echenique – *El huerto de mi amada*, Planeta 2002